



ENTREVISTA ERNESTO CABALLERO

“Vivimos un momento de extrema mercantilización de la cultura”

¿Existe una moral colectiva? ¿Cuál es el mínimo común de ética que delimita los comportamientos de nuestra sociedad? ¿Estamos abocados a la paulatina difuminación de todas las barreras que encauzan nuestra conducta? ¿Sobre qué fundamentos podrían establecerse nuevas pautas de relación en una sociedad progresivamente disgregada y a la vez atterradoramente uniforme? Son cuestiones que este texto del director madrileño Ernesto Caballero se plantea, como casi todo su teatro. Es uno de los autores contemporáneos de la escena española más reconocidos y cotizados. Caballero señala que en su teatro se reflejan –sin moralina alguna– las distintas actitudes y obsesiones del hombre contemporáneo, ahogado por el consumismo y la mediocridad de sus cicateras ambiciones. *Somos una especie muy peculiar, capaz de lo mejor y de lo peor. La verdad es que me trae un poco al fresco nuestro futuro*, explica. *Siempre he pretendido obviar cualquier clase de moralina en mi teatro, que se ha traducido en un tratamiento indulgente de los personajes, así como por el empeño (brechtiano) de primar antes que nada la situación real de lo que acontece sobre la escena antes que la mimesis ficcional.*

Caballero, que recuerda que *siempre he dicho que mi última obra es el boceto de la siguiente*, formó, nada más salir de la RESAD (Real Escuela Superior de Arte Dramático), el grupo Producciones Marginales: *nos juntamos una serie de jóvenes*

profesionales para trabajar bajo unos presupuestos que, básicamente, son los que sigo persiguiendo con mi actual compañía, Teatro El Cruce: estabilidad, discurso estético, compromiso con la dramaturgia contemporánea y un funcionamiento interno en horizontal, en donde el colectivo prevalece sobre rígidas y jerarquizadas estructuras piramidales.

¿Dónde reside, a juicio de Ernesto Caballero, la sacralidad de *Auto*? ¿Sigue dando el dramaturgo por válida la dentellada que le lanza al consumismo en la obra? *Los personajes están investidos de un lenguaje impuesto con violencia: son lo que dicen, esto es, prácticamente eslóganes publicitarios. Cuando se despojan de ello se encuentran con el silencio, y el silencio les conduce al conocimiento: al estado de muerte simbólica en que se desenvuelven. Entonces se presiente el misterio, la sacralidad o la nada.* *Auto* fue considerada como una obra de culto en su día, adjetivo que desgraciadamente siempre que se aplica indica que muy poca gente la llegó a ver, bromea el autor. *Siempre me había quedado el resquemor de que pudiera haber llegado a más gente. Hace no mucho tiempo la revisé y observé que tenía vigencia, aunque no fue que me decidí a recuperarla hasta que Vicente Díez me persuadió. Un día en un bar me comprometí a ello y siempre que hago una promesa en un bar la cumplo, dice. Esta revisión es más provocadora y los elementos de consumo y publicidad brotan*

con más obscenidad, de manera que los personajes, que siempre permanecen sobre el escenario, casi hablan con eslóganes publicitarios.

Cuando se le pregunta a Caballero si debe ser el teatro un instrumento de educación y, sobre todo, si puede serlo actualmente o ha perdido peso como referente social, éste señala que *si por educación entendemos la labor que esforzada e infructuosamente realizan los maestros en las aulas, pues, evidentemente, no. En cualquier caso, actualmente la educación de la sociedad la realiza fundamentalmente la televisión. Al teatro le queda procurar una experiencia insólita e irrepetible de emoción y reflexión. Es decir, su función hoy en día resulta bastante antieducativa.*

La implantación del mercado como principio de funcionamiento social en el arte escénico, no condiciona a Ernesto Caballero: *A un creador lo único que cabe exigirle es que disfrute con su trabajo. Es cierto que vivimos un momento de extrema mercantilización de la cultura. El político se ha convertido en un empresario más que entiende el teatro como una actividad decorativa, un evento siempre controlable, del que puede lograr algún que otro rédito de prestigio y rentabilidad partidista. Todo esto, claro está, ha afectado sobremedida el trabajo de las gentes de teatro. La manera de sustraerse a ello es trabajar renunciando a que el teatro pueda procurar un aceptable nivel de bienestar material.*